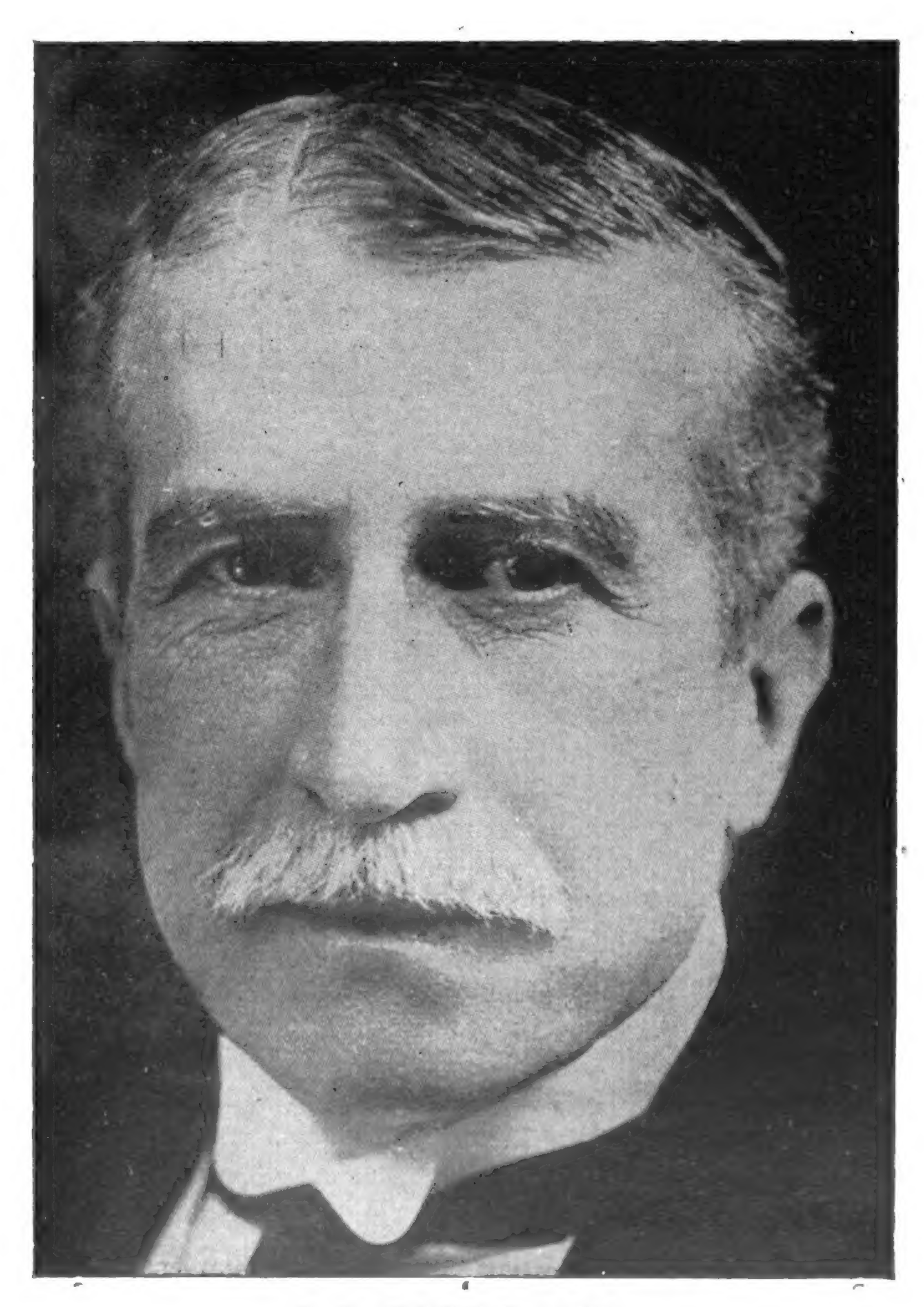

Lima 9 de diciembre de 1928
Obsequio del Presidente del Uruguay al Presidente del Perú
Imprenta Torres Aguirre

El Presidente del Uruguay obsequia al Presidente del Perú el retrato del General Garzón

Lima, 9 de Diciembre de 1928.

Entrega del retrato del General Garzón, obsequio del Presidente del Uruguay, Excelentísimo señor Juan Campistegui, al Presidente de la República del Perú, señor Augusto B. Leguía.



Sr. D. AUGUSTO B. LEGUIA,

Presidente de la República del Perú.

Legación del Uruguay

La Punta, 30 de octubre de 1928.

Señor Ministro:

De acuerdo con lo que tuve el honor de manifestar a Vuestra Excelencia, durante mi última visita semanal, me complazco en participar a Vuestra Excelencia que, por el vapor "Orita", procedente de Montevideo, llegará a mediados de noviembre el gran cuadro al óleo, representando a "Garzón frente a Quito", obra del ilustre pintor H. Thompson Laporte, ejecutada recientemente en París, que el señor doctor Juan Campistegui, Presidente de mi Nación, dedica al Excelentísimo señor Presidente de la República Peruana, don Augusto B. Leguía.

He recibido instrucciones de mi Gobierno, en oficio de 11 de los corrientes, para suplicar al Excelentísimo señor Presidente Leguía, por el prestigioso conducto de Vuestra Excelencia, quiera dignarse concederme una audiencia pública, a fin de entregar dicha obra artística con la mayor solemnidad posible.

Al cumplir esta recomendación, debo agregar que mi Gobierno desea que su representante oficial en Lima aproveche de tan propicia oportunidad para expresar al Excelentísimo señor Presidente Leguía las altas consideraciones con que le distingue el Primer Magistrado de mi Nación, a la vez que la gratitud acendrada e intensa del Gobierno y del pueblo del Uruguay, por el magnífico obsequio que le hiciera de la estatua del General Garzón, inaugurada en Montevideo en el último aniversario de nuestra independencia, como símbolo imperecedero de una vinculación nacida en los albores de la emancipación americana, fortalecida por los actos fraternales de más de un siglo de vida democrática.

Aunque vuestro ilustre Gobierno tiene información minuciosa sobre las ceremonias internacionales a que dió lugar la inauguración del monumento a Garzón, jamás igualadas en mi país por su amplitud, unanimidad y brillantez y porque a ellas se sumó todo el pueblo, seducido por la feliz iniciativa del Excelentísimo señor Presidente Leguía, me valdré de la oportunidad que solicito para expresar en dicho acto oficial la enorme trascendencia panamericana y los vastos relieves del mencionado homenaje.

Interpretando los sentimientos de mi Gobierno y en el supuesto de que esta nota alcance la acogida que espero de la cortesía de Vuestra Excelencia, me permito sugerir, como más oportuna y auspiciosa, la gloriosa fecha continental del 9 de diciembre.

Aprovecho tan grata ocasión para renovar a Vuestra Excelencia las protestas de mi más alta y distinguida consideración.

(Firmado) RAFAEL J. FOSALBA.

A su Excelencia el señor doctor don Pedro José Rada y Gamio, Ministro de Relaciones Exteriores.

Ciudad.



Excmo. Sr. Dr. JUAN CAMPISTEGUI,
Presidente del Uruguay.

Ministerio de Relaciones Exteriores

Número 10.

Lima, 2 de noviembre de 1928.

Señor Ministro:

Es un honor para mí, dar respuesta a su estimable e importante comunicación fechada el 30 de octubre último, en la que se sirve Vuestra Excelencia expresarme que, por el vapor "Orita", procedente de Montevideo, llegará a mediados del mes en curso, el gran cuadro al óleo representando a "Garzón frente a Quito", obra del ilustre pintor H. Thompson Laporte, ejecutada recientemente en París, que el Excelentísimo señor doctor Juan Campistegui, ilustre Presidente de la Nación uruguaya, dedica al señor Presidente de la República del Perú, don Augusto B. Leguía.

Agrega Vuestra Excelencia que ha recibido instrucciones de su Gobierno para solicitar, por mi conducto, una audiencia pública, a fin de entregar en ella dicha obra artística, con la mayor solemnidad posible. Que desea aprovechar de tan propicia oportunidad para expresar al Señor Presidente Leguía las altas consideraciones con que lo distingue el Primer Magistrado del Uruguay, a la vez que la gratitud acendrada e intensa del Gobierno y pueblo uruguayos por el magnífico obsequio que le hiciera de la estatua del General Garzón, inaugurada en Montevideo en el último aniversario de la independencia de la República Oriental, como símbolo imperecedero de una vinculación nacida en los albores de la emancipación americana y fortalecida por actos fraternales de más de un siglo de vida democrática.

Dice también Vuestra Excelencia, en la nota que contesto, que la inauguración del monumento a Garzón dió lugar a ceremonias

internacionales jamás igualadas en su país, por su amplitud, unanimidad y brillantez y porque a ella se sumó todo el pueblo oriental, seducido por la feliz iniciativa del señor Presidente Leguía; y que Vuestra Excelencia expresará, en la audiencia pública que demanda, la enorme trascendencia panamericana y los vastos relieves del mencionado homenaje.

Finalmente agrega Vuestra Excelencia que, interpretando los sentimientos de su Gobierno, se permite sugerir, como más oportuna y auspiciosa para la ceremonia indicada, la gloriosa fecha continental del 9 de diciembre.

En respuesta me es grato expresar a Vuestra Excelencia que, informado el señor Presidente de la República, don Augusto B. Leguía, de la significativa nota de Vuestra Excelencia a que vengo refiriéndome, recibirá a Vuestra Excelencia en audiencia pública, para que le haga entrega del valioso presente que le envía el eminente Mandatario de la República Uruguaya, como Vuestra Excelencia lo desea, el 9 de diciembre del año en curso.

Desea también el señor Presidente del Perú, don Augusto B. Leguía, que desde ahora exprese a Vuestra Excelencia y por su elevado conducto al Excelentísimo señor Juan Campistegui, Presidente de la República del Uruguay, sus sentidos agradecimientos, por el envío del cuadro al óleo que representa a "Garzón frente a Quito", y que es obra de uno de los más afamados pintores mundiales.

Con tan grata oportunidad, reitero al Excelentísimo señor Ministro los sentimientos de mi alta y distinguida consideración.

(Firmado) PEDRO JOSÉ RADA Y GAMIO.

La Punta.

Al Excelentísimo señor Rafael J. Fosalba, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Uruguay.



Sr. Dr. PEDRO JOSE RADA Y GAMIO,

Presidente del Consejo de Ministros, Ministro de Relaciones Exteriores y Senador por Arequipa.

Discurso pronunciado por el Excmo. señor Rafael J. Fosalba, Ministro Plenipotenciario del Uruguay, al hacer entrega al Presidente de la República, señor Augusto B. Leguía, del retrato del General Eugenio Garzón, que le obsequiara el Presidente del Uruguay, Excmo. señor Juan Campistegui.



Excmo. Sr. **RAFAEL J. FOSALBA,**

Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Uruguay.

Excelentísimo señor:

AQUILATANDO en cuanto valen vuestros fervorosos afanes por la creciente cordialidad de las relaciones americanas y vuestra acción ponderadísima y eficaz por elevar el prestigio del Continente, el Excelentísimo doctor Juan Campistegui, Presidente de la República Oriental del Uruguay, ha querido acentuar sus expresiones de consideración y simpatía y de su buena voluntad amistosa hacia vos, ofreciéndoos por mi conducto este cuadro, en que el talento del artista desea perennizar el momento glorioso de nuestra historia, cuando Eugenio Garzón, después del primer alto del ejército libertador en el valle de Chillo, se encontró frente a los cármenes floridos de la romántica Quito.

Al cumplir el honroso mandato de ponerlo en vuestras manos, con sincero entusiasmo, no he de ofender vuestra cultura repitiéndoos lo que aquel movimiento

preliminar de la gran batalla de Pichincha, en que tanto se destacara Garzón, significó en los destinos suramericanos; pero permitidme siquiera recordar, con unción patriótica, que todas las etapas de la cruzada redentora, que hizo nacer un nuevo mundo a la vida de la libertad, vieron a este peregrino de los nuevos ideales ocupar un puesto de primera fila en la senda del sacrificio y de la gloria, iluminando la América con los resplandores de su espada, que las alas del corazón hacían más ligera.

Cuando todo el Continente estremecía la melena de sus selvas para sacudir el yugo colonial y consumaba en los campos incendiados, a la manera de un altar de fuego, el heroico sacrificio de sus hijos, en holocausto de su independencia, mi patria, todavía oprimida y sintiendo como propia la angustia de las naciones hermanas, engendró a Garzón, genio de la guerra, y, niño aun, lo ofrendó, envuelto en una aureola de triunfo y de prestigio, a la causa de la libertad de este hemisferio.

La eterna inquietud y la ambición de este héroe por excelencia de la confederación moral suramericana—como destacadas condiciones de su grandeza y de su fuerza—no fueron la codicia de mando o de honores: hubo en él algo como el desasosiego del león, que se revuelve aguijoneado por el instinto; pero lo que más ennobleció su vida y su obra, fué su actividad realizadora, fué el grande y anheloso esfuerzo de su pensamiento y de su acción pa-

ra alcanzar una participación, cada día mayor, en las auroras gloriosas de nuestra naciente democracia.

El niño-héroe del Naranjal, que fuera entregado a Artigas, para su bautismo de gloria, por una madre espartana, no abandonó la bandera de la emancipación de América mientras su ideal supremo no fué palpitante realidad; ni un día de reposo tuvo este caballero andante de nuestras épicas gestas, de quien vuestro máximo poeta dijera que

"su corazón finge un carcaj lleno de flechas,
que él, en su sueño de charrúa,
dispara contra las estrellas...."

Entre batalla y batalla, dióse por entero, con todas las abnegaciones de su altruísmo, a la labor de fijar en la conciencia de los pueblos los nuevos derroteros de la libertad, y toda su vida estuvo consagrada a la causa que culminó en la independencia de nueve repúblicas, que desde entonces fueron hermanas por el origen étnico, por la comunidad de aspiraciones y, más que todo, por su incompatibilidad orgánica con la servidumbre.

Su vida tuvo horas de oro, en que parece que el sol salía de su alma y, como un ejército que asalta y escala, le bullía la gloria por las venas.

Tuvo siempre por este ínclito pueblo peruano afecto filial, que atesoró intensamente en su ininterrumpida ca-

rrera de libertador, llevándolo guardado como una hostia consagrada en el tabernáculo de sus amores heroicos.

Nunca en alma de hombre pudo haberse concretado encarnación más perfecta de un momento social y político, y por eso acaso, como dón supremo de Dios, tuvo la dicha de ver coronada la obra redentora; pero, a pesar de la igualdad soberana de la sanción postrera, con ser tan niveladora y tan inflexiblemente justa, nació a la vida de la inmortalidad con apresuramiento desconcertante, como que hubiera querido imitar, hasta en eso, a su ínclito jefe, Bolívar, abrazado fuertemente a su espada, con las ansias febriles de los desenlaces patrióticos, y en sus bellos ojos dormidos, con la visión obsesionante del triunfo, más fuerte que la muerte.

A las órdenes de San Martín, Bolívar, Sucre, Artigas, La Mar, Santa Cruz, Gamarra y Alvear, y al lado de Alegre, Espinosa, Martínez, Estomba, Sánchez y tantos otros próceres uruguayos, el que a los 17 años de edad fuera ya benemérito de la patria en grado heroico, venció en Yapeby, Cerrito, Montevideo, Chacabuco, Maipú, Verlonia, Riobamba, Pichincha, Zepita, Callao, Junín, Ayacucho, Ituzaingó y cien más combates, cuyos nombres encierran el infinito de las grandes evocaciones, poblando el espíritu con imágenes fulgurantes y reconstrucciones vivas: en el ondear orgulloso de las nuevas banderas, en las dianas del clarín cuyo eco repetían los Andes has-

ta ascender al cielo, en la carga triunfal de la caballería que encendía el relámpago de las grandes visiones, en el cuerpo a cuerpo en que florecía el valor y fructificaba la sangre, en la densidad del humo que ocultaba los campos santificados por el heroísmo y en la noche que envolvía cariñosa a los ejércitos en marcha bajo la soberanía de las estrellas.

Porque cree que toda alta afirmación de fraternal política es beneficiosa en grado sumo, ya que contribuye a precisar la noción de nuestros reales sentimientos colectivos, el Excelentísimo Presidente Campistegui ha querido que su obsequio fuera precisamente el retrato del prócer que vos mismo habéis querido exaltar, levantando con el monumento que en hora feliz ofrecísteis a la ciudad de Montevideo y que fué inaugurado en el último aniversario de nuestra independencia, un ejemplo perdurable de las perspectivas morales de América, fortaleciendo la solidaridad espiritual a que dan fecunda y positiva existencia los grandes y supremos ideales del nuevo mundo, que ya ha roto para siempre el aislamiento inconsciente en que por tanto tiempo hemos vivido, separados por las fronteras políticas de nuestras patrias, como si ellas fueran obstáculo insalvable a la convivencia de nuestros pensamientos, de nuestras ansias, de nuestros dolores y de nuestras comunicaciones fraternales.

Habéis reavivado, Excelentísimo señor, con la amplitud generosa de vuestro gesto, la prolongación del latido cordial entre tierras de América, venciendo la cumbre y los mares y quebrando los egoísmos que obligan a la esterilidad solitaria.

Quisísteis llegar al corazón de los uruguayos con un dón fraternal y lo materializásteis en esa estatua, que será símbolo imperecedero de la munificencia de vuestro pueblo y de vuestro Gobierno, y altar, el más propicio, donde arderá el fuego inextinguible de nuestro patriotismo.

Todavía resuenan en mis oídos y en mi corazón las elocuentes palabras que pronunciásteis al entregarme oficialmente el monumento, en esta cordial y adorable ciudad, expresando que vuestro Gobierno, al honrar al ilustre prócer, agradecido a sus esfuerzos en favor de la emancipación de la república, quiso significar también su afecto a la nación que le vió nacer, la patria del inmortal Artigas, cuyo suelo presenció la legendaria aventura de los Treintitrés Orientales, evidenciando al mismo tiempo vuestro sincero anhelo de llevar al Uruguay las palpitaciones de vuestro pueblo, que alienta los más puros sentimientos de solidaridad continental.

Y habéis sembrado vuestros afectos en tierra fértil, Excelentísimo Señor.

Habéis tenido la clarividencia del sembrador, que al arrojar la semilla ve retratada en sus pupilas generosas la cosecha fecunda, porque la inauguración del monumento al General Garzón dió lugar a actos calurosos y espontáneos, jamás igualados en mi patria y cuya trascendencia permitidme puntualizar, porque favoreció al pueblo uruguayo con la ocasión de demostrar hasta qué punto son cordiales las relaciones que nos unen al Perú, con la intervención plena de todos los poderes del Estado y de los prohombres de todos los credos políticos, con la bella concurrencia de la mujer y del niño y con la insuperable y preciosa cooperación de cien mil individuos de esas clases populares que son el alma de la nación, realzada con la presencia de embajadores extraordinarios de casi todos los países de América y de varios gobiernos europeos.

Vano sería recordar la magnitud de algunas ceremonias oficiales, que en este mismo Palacio vimos reproducidas por la película cinematográfica proyectada recientemente, y quizás es agradable y no menos justo dar realce a la intervención que en aquéllas cupo al pueblo, en que su generoso sentimentalismo, su noble espontaneidad y su franqueza sin reatos, demostró la verdad de que nuestra amistad reposa sobre el hondo fundamento de una íntima comprensión, de una admiración recíproca y de un común anhelo de respeto mutuo y de justicia superior.

Las clases pensantes de mi patria no fueron ajenas al brillante homenaje tributado al Embajador que tan digna y gallardamente os representó; elevada en las ideas, enamorada de amplias soluciones y extraña a todo mezquino egoísmo, la intelectualidad uruguaya prosigue con legítimo orgullo una tradición orientada hacia doctrinas invariablemente reveladoras de indiscutible superioridad mental, y, por eso, nuestros publicistas, reputados merecidamente por su equilibrada ponderación en materia de relaciones externas, facilitaron un sólido apoyo de opinión a mi Gobierno, que sin desmayos, con creciente entusiasmo y con sus indiscutibles prestigios, persiste como el vuestro en su meritoria labor de acercamiento americano.

La juventud que idea y que trabaja, con el corazón abierto a todos los grandes sentimientos, que lucha sin cesar en su afán constantemente insatisfecho de llegar más allá, de saciar su sed de obras buenas, de colmar su amor de perfección y de belleza, reclamó la participación que con todo derecho le correspondía en aquel homenaje de sólida amistad, y sus representantes más genuinos alzaron la voz promisora, como prenda de que el porvenir sabrá confirmar, continuándola y perfeccionándola, la obra del presente, ya que tiene en sus manos la realización de postulados superiores, que se salvan de la ironía y del descreimiento, con el calor tonificante de quienes

anhelan el avance y el ascenso como una condición primordial de la vida.

Esa juventud ama a la diosa de la quimera, que fué la que hizo caminar a nuestros libertadores de cara al sol y con la planta desnuda sobre la piedra y la espina.

Sus impulsos generosos y varoniles nada tienen que ver con esos pálidos idealismos, máscaras de la impotencia, que aconsejan el renunciamiento a los deberes activos de la sociedad y que tantas veces cubren de ramas y flores el vacío de un fondo de paisaje.

Es que la democracia se extiende y avanza sin cesar por todo el continente, y es ella, por virtud soberana de su prestigio, la que en estos momentos concita las legiones bajo la común bandera de este hermoso mundo nuestro, que hoy se abre a la humanidad como una flor inmensa de libertad y de esperanza.

Vuestra patria y la mía han bebido en las mismas fuentes los elementos de su personalidad, y tienen los mismos conceptos de la moral y del derecho: el derecho que representa para los fuertes una virtud y para los débiles un escudo, con una sola comprensión del honor, un mismo cuidado de la dignidad y una misma fiera nobleza que veda a unos y otros la agresión y la mentira, pero que les enseña también el camino del sacrificio cuando el momento llega, con una clara intuición del porvenir, bajo la invocación gloriosa de sus próceres y con fe

hondísima en la perennidad de la fórmula que dió las normas políticas y sociales definitivas al Nuevo Mundo.

Yo sé que muchos de aquellos en cuyas almas no arraiga el sentimiento americano, han sonreído más de una vez con escepticismo al oír estas ideas que os recuerdo; pero también estoy seguro de que quedarán jadeantes a mitad del camino, porque les faltó aquella fe en nuestros destinos y porque no saben que los muertos, que son la tradición, hacen vivir a los vivos.

Vuestra nación, Excelentísimo Señor, ha logrado unir en sí misma dos fuerzas que a menudo hemos visto repelerse en la historia de los pueblos: la preocupación obsesionante de la grandeza material y el culto casi místico de conceptos superiores, ajenos a todo estrecho interés del momento.

Es un país de idealistas en acción, que dijera Vandyck; vario y multiforme en la topografía, en la riqueza y en la tradición; nación virgen y robusta, de veneros inagotables, que ofrece amorosamente al trabajo sus minas que atesoran riquezas fabulosas y sus valles fértiles y fragantes, donde cada semilla que se siembra no sólo es la semilla de una planta, sino la semilla de la dignidad y del engrandecimiento nacional; tierra que maravilla por su floresta opulenta en esencias y maderas, donde se extrae de la dura corteza ensangrentada por el esfuerzo, la almendra sana y jugosa, que robus-

tece el cuerpo ensanchando el espíritu; tierra que se hace ubérrima en la inigualable hoya amazónica, donde el pastor apaga su sed en arroyuelos que corren susurrantes por el bosque, hasta llegar a un torrente de luz derretida, joya líquida, discurso de la naturaleza, que conmueve y alecciona por donde pasa; tierra que se hace adusta en las eternas nieves del Ande gigantesco, y gentil y risueña en los jardines y oasis de sus costas, donde brilla Lima, esta gema de aguas excelsamente puras, engastada en el corazón de un continente; donde brilla Lima, que es bella y tiene alma bella, y no como esas ánforas griegas de delicado relieve y vivo esmalte, que nada tienen por dentro, o que, en vez de encerrar flores y aromas, contienen polvo y cenizas; tierra que está hecha del mérito de sus propios hijos y que surge triunfante en la magnificencia de su vida intelectual, cuyo solo nombre es una evocación y cuya historia es una síntesis del pensamiento y del heroísmo americanos; patria de grandes maestros, poetas, novelistas, oradores, músicos, jurisconsultos, cientistas, pintores, filósofos, sociólogos y sabios, que esgrimen con plena conciencia todas las armas en las nobles luchas del espíritu y lucen el casco de Minerva con la fe que salva y alienta, el valor que impone y exalta, el genio que invade y fulgura y el amor que conquista y domina; tierra tradicional de artistas, desde que dió a la fama aquellas ñustas rivales de

Penélope y aquellos admirables alfareros de Nazca y de Chanchán, que amasaban y modelaban con sus manos broncíneas los términos eternos de la vida: la obra del pensamiento y la obra del corazón, en que los hombres de todas las edades se reconocen y confortan; tierra hospitalaria e invitante en las amplias curvas de sus bahías azules y serenas, trepidante en el frenesí de sus fraguas metalúrgicas que enrojecen las nubes y que remedan el fuego que Prometeo robó al cielo de Júpiter, y altanera en la firmeza anhelante de sus sierras, donde anidan las aves simbólicas hijas de la tormenta y donde convive multitud de pueblos de diversas razas, que no son enemigas, porque sobre las razas, que sólo influyen en el carácter, está el espíritu esencial humano, que las confunde y unifica, y porque allá las subyuga y dirige el numen omnipresente del Viracocha legendario y el vivo y radiante Viracocha de estos días rosados y felices.

Permitid, Excelentísimo Señor, a un extranjero —¡qué digo!, a un hermano—para quien la cariñosa e indulgente acogida vuestra y del pueblo peruano será uno de los recuerdos más dulces de su larga vida errante, expresar, con la ejecutoria de una realidad pura y viviente, que es una de las fechas más memorables en los fastos de nuestra agitada vida continental, aquella en que la voluntad de vuestros conciudadanos os llevó a presidir la República Peruana, porque, gracias a la obra poliforme que

realizáis, podremos una vez más rechazar victoriosos el anatema que desde hace siglos pesa sobre las comunidades democráticas, desde el acto inexpiable de la condenación de Sócrates, afirmando con justificado regocijo que la vacilante e inexperta democracia americana supo detenerse ante vos, en un momento feliz de la historia, no para obligaros, como los atenienses, a apurar la cicuta, sino para exaltaros, como los romanos de los tiempos de Marco Aurelio, a las más altas cimas del poder.

Realizáis obra común de belleza y de vida, imponiendo a la natural energía de un pueblo la tensión de vuestra voluntad, no por placer contemplativo, sino para conquistar la fama de vuestra patria: que sólo saca de sí su fuerza entera, quien como vos vive en la arrogancia interior de ser querido.

No practicáis para ese pueblo la fórmula teórica e incompleta de los derechos del hombre, sino la fórmula efectiva del derecho y del deber del hombre, es decir: la libertad para cada hombre de mirar a un cielo sin nubes y la posibilidad para cada hombre de conformarse a la ley moral de su corazón.

Guardáis en el espíritu inagotables reservas de simpatía, exquisitas armonías del sentimiento, que a diario os permiten extraer del alma de la nación ignorados tesoros, preparando la florescencia de futuros idealismos, que no tardáis en convertir en admirables realidades y exal-

tando el sentido verdadero de la vida: que la ciencia de la vida es también un arte y vivir bien la vida es vivirla bellamente.

Auscultáis el corazón de las muchedumbres para decirles dónde clarea la luz de las auroras y dónde duermen y languidecen las sombras de esos crepúsculos que son el descreimiento y la inacción; y así lleváis el movimiento social por seguro derrotero, sin resistiros a doctrinas que si en conjunto parecen quiméricas, imprecisas, audaces y a veces perniciosas, son en realidad fórmulas imperfectas de afirmación y de creencia, en que late un anhelo humano de justicia.

Habéis vencido en decidida lucha hasta allí donde el enemigo no es principalmente el hombre, sino los tremendos obstáculos de la naturaleza; reimprimís en forma indeleble, sobre las vértebras nevadas y los flancos palpitantes de los Andes, las huellas borrosas pero inolvidables de las rutas de Huayna-Cápac; vuestro nivel, midiendo líneas y distancias en palacios y ciudades, en puentes y caminos, es símbolo de tan humana belleza como lo fuera la plomada de Fidias lanzada al suelo de la Acrópolis desde el frontispicio del Partenón; saneáis la república, y al penetrar en los inexcrutables dominios de la muerte, aclaráis los fecundos misterios de la vida, haciéndoos en vuestra lucha con lo invisible, soldado heroico del deber humano, cuyo premio consiste en su tarea y no en su re-

tribución; ocupándoos con noble empeño de la salud y la instrucción del niño, cuidáis esa flor que abre su corola de luz para exhalar el perfume escondido entre sus pétalos, y nutrís su cerebro, que es crisálida a punto de romper su frágil envoltura para lanzarse al azul; y dáis frente, con arrogancia y decisión, a esa esfinge, el indio, que ha vejetado cuatro siglos esperando la piedad de sus dominadores, quejándose por su quena melancólica, escuchando las límpidas arias de los pájaros y respirando la brisa saturada de aromas, mientras pacen sus rebaños de llamas y de ovejas, o mientras brotan las doradas espigas en las chácaras que cultivaran sus abuelos; ora deslumbrado por los hilos de sol que se enmarañan entre el encaje de las hojas o por las manchas níveas y róseas de las garzas y los flamencos que se bañan en puquios de amatista, ora contemplando la luna cuando escribe sobre los ríos una suave y plateada poesía, abandonado blandamente a la delicia de soñar despierto con el pasado esplendor del Tahuantisuyo o dejando rodar la mente sobre sus actuales y dolorosas sensaciones reales; y al despertar briosamente el sueño irredento de los que otrora fueran príncipes y señores de este Eldorado legendario, les hacéis justicia, les reconocéis sus comunidades, les devolvéis su heredad o se la dáis al que no la tuvo, y procuráis que penetre la luz en su conciencia, para que adviertan los más

tenues vislumbres del espíritu nuevo, se formen idea atinada de la constitución humana y puedan llegar mejor a desentrañar el concepto fundamental de la sociedad moderna; y todo esto lo hacéis con la misma fe que animó el fuego sagrado de Schliemann, creyente en la verdad escondida bajo la ficción de los poemas homéricos, hasta que, confirmándola, los palacios milenarios y perdidos en las soledades de Mycenas y Tirinto, le libraron sus áureos tesoros y, con ellos, las reliquias de un mundo que parecía sumergido para siempre por la marea del tiempo.

Sóis el mandatario ideal: no por vuestra obra magnífica, cuyo resultado he podido palpar cerca de vos, casi desde su iniciación; no porque sabéis diafanizar con sorprendente lucidez los problemas que resolvéis desde el poder, por arduos y complejos que parezcan; no porque habiendo puesto los ojos en las entrañas universales y visto hervir los pueblos, llameantes y ensangrentados, en la artesa de los siglos, sabéis con acendrado espíritu que el porvenir está del lado del deber; sino porque, además de todo eso, con ser tanto, como el viento del desierto, que de una palmera a otras arroja el polen vivificador, así, en el curso de vuestra múltiple gestión de patriota y de estadista, habéis ido llevando de un extremo a otro del país, por las desoladas regiones del escepticismo, gérmenes de esperanza, gérmenes que fecundando en épo-

cas de ruda y laboriosa gestación política la mente de vuestros conciudadanos, les ha abierto amplios horizontes, haciéndoles concebir nuevas ideas de la vida y dilatando las esferas de su fe, despertando hasta en el alma de vuestros adversarios un ansia de creer, que en ellos es más que una creencia.

Habéis fortalecido todos los resortes del organismo consciente, para poner al luchador de pie y obligarlo a que abra las alas de su espíritu, haciendo surgir la patria redimida, después de una época oscura para América, en que sufrieran eclipse los elevados ideales colectivos, y realizado la aspiración tenaz de una excelsa porción de vuestro pueblo, que en las amarguras de la servidumbre, en las tristezas del destierro y en las heroicas pero estériles hecatombes de la civil contienda de casi un siglo, levantó los brazos al cielo con obstinación invencible, para aclamar y bendecir la bandera: el numen de las legiones, que la llamaría Tácito y que, como el oro, mientras más se ha batido, es más preciada; la bandera, que es síntesis de vuestro pasado glorioso, de vuestra actualidad triunfante y de vuestro devenir sonriente; la bandera veneranda, que ahora no está sólo bajo la égida de una juventud resuelta y vigorosa, sino que, como ayer, tiene un sagrario en el corazón de cada una de vuestras incomparables mujeres; la bandera, que, hoy más que nunca, ondea desde el

más alto pedestal de su fama y que si lleva, es verdad, en su rojo, el emblema del dolor y del martirio, ostenta en su alba franja inmaculada el símbolo de la esperanza y de la victoria.

Discurso pronunciado por el Presidente de la República, señor don Augusto B. Leguía, al recibir el retrato del General Garzón, obsequiado por el Presidente del Uruguay, Excmo. señor Juan Campístegui.



Cuadro al óleo representando al General "Garzón frente a Quito", obsequio del Presidente del Uruguay al Presidente del Perú señor Augusto B. Leguía.

Señor Ministro:

HABÉIS escogido la fecha más grata al corazón de América para cumplir el encargo cordial y fraterno que os ha confiado el ilustre Presidente del Uruguay, Excelentísimo señor Juan Campistegui: entregarme el retrato del General Garzón, prócer de la independencia americana. Lo recibo con la más viva complacencia, como símbolo que refrenda en la legendaria casa de Pizarro el abrazo que se dieron nuestros pueblos al pie del bronce que la gratitud peruana ha levantado al héroe en la capital de vuestra bella Patria.

Tuvimos la oportunidad de ver, hace poco, en este mismo recinto, la reproducción en el lienzo cinematográfico de la gran jornada cívica en que todo el pueblo uruguayo rindió su más cálido homenaje a los ideales representados en aquel bronce glorioso. El Perú, desde esa ceremonia imponente, se siente más vinculado que nun-

ca a la noble nación que, con tanto lustre, representáis entre nosotros.

Con emoción de verdadero americano, con profundidad de pensamiento y galanura de estilo habéis hecho el elogio del gran cruzado de la gesta emancipadora; y habéis exaltado la confraternidad de nuestros pueblos, yendo a buscar en las horas luminosas de todas las abnegaciones y sacrificios el mandato imperativo de ser leales a la altísima misión civilizadora y humana del Continente.

Ciertamente, señor Ministro, quienes tenemos la responsabilidad de guíar a una nación americana no podemos encerrarnos herméticamente dentro de sus fronteras, porque sobre los egoísmos nacionales se impone el recuerdo de aquellos días en que una sola bandera, la bandera de la libertad, condujo a la victoria a un solo ejército, el ejército de los libertadores.

Este pensamiento central orienta la política de mi Gobierno, y por eso Vos encontráis motivos para congratularos al hacer referencia a los esfuerzos que vengo desplegando para romper lo que con gran visión calificáis de aislamiento inconsciente. Dentro y fuera del país puede apreciarse la huella de americanismo leal que dejan todos y cada uno de mis actos. Dentro del país, porque he despertado el afán de engrandecimiento patrio, llevando hasta el máximo de rendimiento las energías de

mi pueblo, a fin de que su colaboración con los demás pueblos hermanos, como el vuestro, sea más apreciada y más eficaz . Y fuera del país, porque procuro hacer llegar a todas partes el convencimiento hondo y sincero de que sólo queremos encontrar manos amigas que se tiendan, como las vuestras, en un amplio gesto desinteresado y benévolo.

Vos, señor Ministro, tenéis participación considerable en esta unión estrecha entre el Uruguay y el Perú. Dueño de una amplia y sólida cultura, observador penetrante y sagaz, seguís con interés y cariño los progresos de mi patria, para descubrir nuevos motivos de comprensión y amor entre nuestros pueblos. Personalmente os agradezco la benevolencia exquisita con que juzgáis mi persona y mi obra. Vuestra opinión serena es un timbre de honor para mi Gobierno.

Al trasmitir al preclaro estadista que rige los destinos de vuestra Patria la complacencia con que hemos recibido el maravilloso retrato del General Garzón, os ruego añadir nuestros agradecimientos y las seguridades de que en el Perú se rendirá un perenne tributo de simpatía, admiración y gratitud al héroe que supo llevar a la práctica las grandes virtudes que han hecho del Uruguay el pueblo más espiritual y culto de esta parte de América.


IMPRENTA
TORRES AGUIRRE
16633